

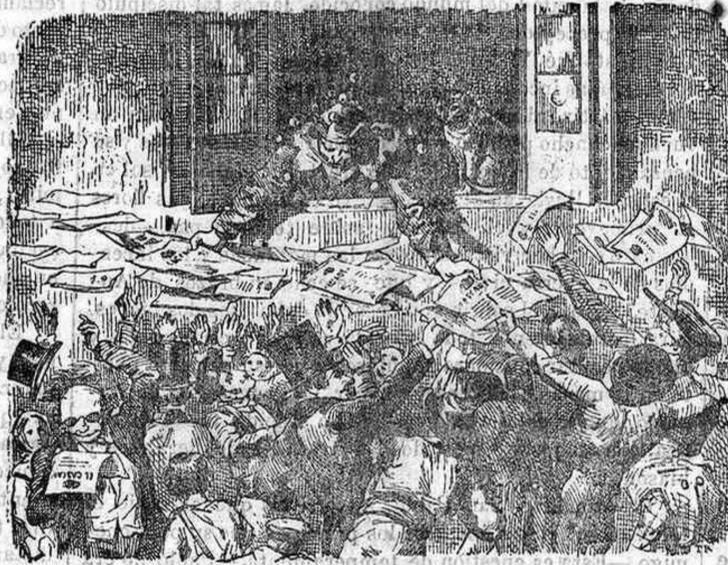
CINCO NUMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, anécdotas, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplares morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Jardines, 11, librería.

DIRECCION.—Plaza del Progreso, 4, 2.º



# EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

## ADVERTENCIA.

El martes próximo, día de Todos los Santos, se publicará el número 66 de EL CASCABEL, sin música, porque no es día de baile, pero con gero-glífico.

## REUNION

DEL

### Comité del Bello sexo.

En casa de La señora de siempre se reunió el domingo último el Comité central del Bello sexo, encargado de velar por los intereses de dicho sexo, y de sostener sus derechos y preeminencias aquí y en Valladolid y en todas partes, y de ajustar los cuentas a los hombres antes de que ellos puedan ajustárselas a ellas.

La reunion era brillante; allí se veían las más dignas representantes del sexo, al que llamaremos partido, muy lógicamente por cierto, puesto que la mujer es la destinada a ser mitad, y cara mitad; allí estaban las que mas han lucido este año en Biarritz, Deva, San Juan de Luz y otros sitios, de esos que tienen el privilegio de llevarse en el verano el dinero que los maridos y los padres reunen en el invierno, y las que mas han contribuido con su belleza, y sobre todo con su lujo, al esplendor del teatro de Rosci.

Procedióse a la lectura de la lista de las señoras presentes.

Una señora se escusó de asistir a la reunion por hallarse en estado interesante.

Otra se levantó a hacer presente que una de sus amigas se escusaba de asistir por hallarse indispuesta a causa de una sofocacion que le habia dado el modista, pretendiendo hacerla creer que por su defectuosa constitucion anterior a la del 37, era imposible que los vestidos le sentaran bien.

Leyóse una carta de cierta respetable dama, en la que con muy buenas palabras ponía en conocimiento del Comité que no le gustaba perder el tiempo, y que mas que charlar por los codos en el Comité, le satisfacía repasar la ropa de su marido, y cuidar de las gallinas y las palomas, y estar con mucho ojo para que la criada no hiciera de las suyas, no se le fuese la mano en el carbon y el aceite, y no estuviera de mona en el balcon, hablando con el tachuelero de enfrente, y por último, que no queria que por discutir principios cuyos fines son un poco problemáticos, se le pegase el que tenia en casa para cuando volviese su marido.

Gran sensacion hizo la lectura de esta carta en el ilustrado concurso, y muchas señoras tomaron la palabra, que las mujeres no la piden nunca, porque siempre la tienen; pero la Señora de siempre, en un discurso breve y enérgico hizo ver a sus colegas que la carta no tenia importancia alguna, y que la autora de la carta era ya por lo visto una pobre mujer, de la que el partido debía prescindir, ya que ella prescindia del Comité, y concluyó rogando a la asamblea que se entrase de lleno en el objeto de la reunion, nombrando la mesa primeramente, idea que todas

aprobaron, procediendo en seguida, no a votar, porque eso es muy feo entre señoras, sino a conferir la presidencia y demas cargas. La presidencia fué conferida a la Señora de siempre, que se pirra por presidir, y fueron nombradas vocales todas las demás señoras, porque para vocales no hay que elegir entre señoras, puesto que todas sirven. Acordóse inmediatamente dar un voto de gracias a la Presidente, ó Presidenta, y con esta ocasion la Señora de siempre la tuvo de enjaretar otro discurso, amenizado con lagrimones tamaños, —y en verdad que el caso no era para menos,—porque aquel espontáneo voto de gracias con sus palabras no podia menos de halagar mucho a la que ya la iba perdiendo todas, y concluyó,—para empezar luego— dando las gracias por el voto de gracias, de lo que dedujimos que se quedó con el voto solo, puesto que dió las gracias.

Y entróse en la cuestion. Se abrió discusion sobre los cuernos.

Una señora pelona a consecuencia de un sarampion que se le metió dentro y se le salió luego fuera, pidió la palabra en contra de los cuernos, haciendo oportunísimas observaciones sobre la inoportunidad de ese peinado que a tantos comentarios y a tales suposiciones se presta, dijo que para torrear a un hombre no se necesitaban cuernos, sino solapa; por lo que defenderia ella hasta el último estremo la moda del chaleco, y concluyó con este magnífico arranque:—¡Ah, señoras, si la naturaleza nos hubiera hecho nacer con ese par de cuernos que ha formado ahora nuestro capricho, cuánto hubiéramos trabajado para destruirle ó disimularle!..»

Usó de la palabra en seguida una jamona andaluza, que defendió los cuernos, basando su defensa en la idea de la emancipacion de la mujer que, dijo, por ahí vendria aunque fuera preciso la revolucion. «El siglo marcha, dijo, los hombres marchan, ó mejor dicho, se marchan y se ocupan poco en contemplar nuestros encantos, ocupados como están en hacer su negocio; pues marchemos nosotras tambien; si no nos hacen caso siendo tan bonitas como somos, pongámonos feas, pongámonos cuernos, chalecos, fraques, usemos hasta pipas turcas y trabucos naranjeros, y logremos que fijen su atencion en nosotras, y les haremos ver que en eso de inventar diabluras y de tomar todos los disfraces que nos convienen ó no nos convienen, no les vamos en zaga.»

Esta habladora fué muy aplaudida.

Dejóse oír en seguida la autorizada voz de la señora de... una de las lumbreras en que mas corazones se han abrasado, y con acento digno, severo, propio de la solemnidad del momento, declaró que ella habia recibido con cierta prevención los cuernos, pero que hoy era partidaria decidida de ellos —«¿Y sabéis por qué, decia, respetables señoras y candorosas señoritas?... Porque desde que me los he puesto, mi esposo me mima, me mima, me compra todo lo mas nuevo y mas rico que se vé en los escaparates de la calle de Espez y Mina, está hecho un tortolito conmigo y no se separa de mi lado: lo que es tanto mas extraño, cuanto que antes me dejaba en la soledad y apenas se cuidaba de mí. Y lo mas raro es que no le gustan los cuernos que llevamos, y que siempre está con los cuernos a vueltas, y hablando pestes de los cuernos.»

Esta parlanchina fué escuchada con profunda emocion, y al terminar su discurso fué felicitada por todas sus colegas.

Levantóse una señora, representante del Comité de Le-

ganés, y habló en contra con todo el fuego propio de las hijas de aquel país de los pepinos.—«Los cuernos, dijo, son en el peinado de las mujeres una cosa ridícula, y mejor quiero verme calva que con cuernos. Lo mismo seria ponernos dos pepinos en la frente. Segura estoy de que si con ellos me viera un día mi pariente, me arrimaba un varazo, y un mandria y un calzonazos le creeria yo si no lo hiciera. Dejémonos de cuernos, señoras, peinémonos como es debido, y no demos que hacer a la murmuracion con esas ridiculeces; que esas y otras me parece que han de llevar a muchas de nosotras a la famosa casa de locos que hay en mi pueblo.»

Estas palabras fueron recibidas con algunos murmullos, pero la Señora de siempre, como es tan liberalota y tan amiga de las discusiones amplias, y tan dada a respetar las opiniones ajenas, escitó a la oradora a que continuara con toda libertad,—son sus palabras,—diciendo disparates. Suscitóse con este motivo un acalorado diálogo entre la representante del comité de Leganós y la Señora de siempre y salieron a relucir algunos trapos, tomando desde este momento la discusion un giro poco conveniente y poco en armonía con la decantada homogeneidad del partido.

Oportunamente terció en el debate una prima de la Señora de siempre, que haciendo un llamamiento al patriotismo de las oradoras y de la reunion, pudo poner fin a la disputa; y continuando en el uso de la palabra, dijo que antes de dos años y un día, ninguna de las señoras usaria cuernos, porque ya no los necesitarian para hacerse querer de los hombres; pero que si ha de conseguirse este resultado, seria preciso que el partido arbitrase recursos extraordinarios, para que las muchachas y las jamonas tuvieran dote, dote que seria mayor para las mas feas y las mas viejas, considerando que las muchachas ya tienen gran dote con las de la hermosura y la juventud.—Esta bachillera fué oída con gusto por la asamblea, y segun se nos asegura, hizo grandes y trascendentales revelaciones que no podemos publicar, teniendo en cuenta el carácter rigurosamente secreto de la reunion.

Hablaron despues las representantes de diversos Comités, que espusieron peregrinas ideas, que algun dia podremos comunicar a nuestros lectores. Señora hubo que propuso un voto de censura contra el gobierno que no obliga a todos los empleados con mas de 8,000 reales de sueldo a casarse, y no faltó quien espusiera la oportunidad de dirigir al gobierno una esposicion, exigiendo que a fin de cada mes se entregara la paga de los empleados casados a sus mujeres, que firmarian la nómina, estableciéndose el mismo sistema en lo militar, y que a los solteros no se les entregase mas que una cuarta de la paga, quedando el resto a beneficio de las solteronas que mas se hubieran distinguido por su indiferencia hacia el sexo feo.

La Señora de siempre dió por terminizado el debate, y se pusieron a votacion los cuernos, resultando aprobados por 100,000 votos contra 4 y medio.

Acto continuo, se acordó dirigir un manifiesto al país en este sentido, y la reunion se disolvió como un azucarillo, recomendando antes la Señora de siempre a cada individuo el mayor secreto, para que no llegase a noticia del público lo ocurrido en la discusion.

Recomendamos a nuestros lectores el mismo secreto y la misma prudencia.

FRECUENTES REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instruccion pública, sobre obras artísticas, y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

20 en el Extranjero por seis meses—40 en América.

LOS LITERATOS

en los tiempos antiguos.

El primero, quiero decir, el mas antiguo de todos los literatos fué el profeta Elías. Segun todas las apariencias, no era un gran señor, ni mucho menos, como que habitaba en el desierto, vestido de pieles de oveja, y los dias de fiesta se escudaba un poco vistiendo un traje de piel de camello. Raíces e insectos constituan su alimento; el vino le era completamente desconocido, pero entre Jerusalem y el desierto se hallan treinta ó cuarenta pozos llenos de agua deliciosa, y á falta de ellos, el Jordan. Por la noche contemplaba las estrellas y meditaba sobre el poder y la justicia de Dios.

Cuando consideraba que habia meditado bastante, alojábase en el desierto, entraba en el país de Israel y enseñaba á los hombres la verdad. Los hombres, que no gustan de que se les contradiga, y mucho menos de que se les pongan de manifiesto sus vicios y sus debilidades, le apedreaban. Uno solo, que tuvo el talento de comprender que Elías era un poeta y un sabio, en vez de apedrearle pidióle permiso para besar sus vestiduras, y le siguió al desierto. Aquel hombre fué luego su discípulo Eliseo.

Después de la muerte de Elías, que subió al cielo en un carro de fuego, no faltaron profetas en Israel; pero solo uno pudo recoger la herencia del maestro; el triste Jeremías. Elías no habia hecho mas que anunciar vagamente los males suspendidos por Jehová sobre los hijos de Israel; Jeremías, que veia de mas cerca la tormenta, predijo que el pueblo entero seria víctima de los Asirios, si no obedecia la ley de Moisés. Naturalmente esta prediccion irritó contra él á sus vecinos y amigos. Todo el mundo le apellidó traidor, y cuando Jerusalem fué tomada, Jeremías fué apedreado, por haber tenido mas talento y perspicacia que sus compatriotas.

El tercero fué Daniel. Era un hombre hábil y justo, que sabia decir la verdad á los príncipes, sin desagradarlos. ¡Raro y sublime talento! Así es que solo una vez fué arrojado á los leones; y sabido es que de esta prueba salió completamente ileso y dispuesto á confundir á sus enemigos. Mas tarde, habiendo sido convidado á cenar por el gran rey Baltasar, fué encargado de traducir las tres terribles palabras *Mane, Thecel, Phares*, y predijo que la mano del destino iba á dejar sentir su peso al rey Baltasar. Como la sinceridad no le agrada á todo el mundo, Daniel lo hubiera pasado mal, por haber aventurado aquel aserto, si al hacer Baltasar una seña al verdugo, no hubiese entrado Ciro seguido de 200,000 persas y medos y dado fin de Baltasar y del festin. Ciro agradecido á Daniel, que habia anunciado su llegada, le hizo príncipe, y le dió palacios, oro, caballos, esclavos, vino de Chio, su amistad de príncipe, todo lo que generalmente hace la felicidad de los hombres, y por último, permiso para reedificar la ciudad de Jerusalem. Pero como Daniel era ya muy viejo para empeñarse en semejante empresa, cedió sus derechos á Esdras y Zorobabel.

El cuarto fué Sócrates. Como siempre estaba hablando, no tenia tiempo de escribir. Era un buen hombre, pobre, que se mantenía de higos y raíces y fruta seca, que no cuesta gran cosa en los alrededores de Athenas. Este alimento, casi etéreo si lo comparais con los sangrientos *Beefsteaks* y las chuletas y el jamon, le bastaba á aquel sabio. Bajo el sol divino de Atica, basta respirar para vivir. Quédese para los bárbaros del Norte la necesidad de devorar de todo género de viandas y de remojarse el paladar con cervezas, vinos y aguardientes. En el cabo Suni se vive de la brisa del Archipiélago y de un rayo de sol. Por lo demás, Sócrates era un soldado intrépido y un marido á toda prueba. Su mujer le arrojaba la marmita á la cabeza. «Bueno tienes, decía el filósofo, mi querida Xantippa; tu brazo tiene la fuerza y la precision del de un arquero; pero si continuas en este ejercicio, romperás toda la vajilla, y debo advertirte que en mis arcas no hay siquiera un siclo de plata.» Y tomando su cayado, dirigíase á la plaza pública, reunia á los jóvenes y les prodigaba buenos consejos. ¿Qué sabian ellos de Dios, de la inmortalidad del alma, de la justicia, de la verdad, del arte de gobernar? Como aquellos jóvenes jamás habian pensado en nada, él les obligaba con su palabra á reflexionar, nopreciándose de ser mas sabio que ellos, pero recomendándoles siempre que se estudiasen y se conociesen. Pero como hacia concurrencia á los *almacenes*, si así puede decirse, de ciencias acreditadas en aquel tiempo y á los doctores con título, se le acusó de impiedad y se le condenó á beber la cicuta. ¡Tanto mejor! Su muerte es un gran ejemplo. ¿Qué mérito tendria decir la verdad, si decir la hubiera de valer honores y condecoraciones?

El quinto fué su discípulo Aristóteles, sabio que conocia la física, la lógica, la hiperfísica, la gimnasia, la historia natural, la filosofía y el arte de agradar al poderoso. Con todos estos talentos no podia dejar de hacer fortuna de Alejandro el Grande, un hombre que, de los veinte á los treinta y tres años, es decir, en la edad en que los hombres

comienzan apenas á conocerse y á fijar sus ideas, llegó á ser dueño de la mitad del mundo conocido. Jamás tal discípulo tuvo tal preceptor, ni tal preceptor tal discípulo.

El sexto fué Virgilio. Este no era un fogoso Elías, ni un Jeremías inconsolable, ni un profeta Daniel, ni un Sócrates mártir, ni un Aristóteles enciclopédico. No; era un buen muchacho pacífico y dulce, que apartaba sus ojos y su pensamiento de lo horrible y lo cruel, y amaba el sol en el estío, la lluvia en otoño, la nieve en invierno, las flores en primavera, y el orden y sobre todo la paz.—después de haber visto de cerca las matanzas y los incendios de la guerra civil,—y que se echó en brazos de Augusto, porque el sobrino de César le daba esos dos bienes. Virgilio se contentó toda su vida solo con criar ovejas y abejas, cantar canciones populares y ver su cubierto puesto en la mesa de Mecenas y hacer la genealogía de Augusto, que le daba una pension. La Eneida fué esta genealogía enojosa, como todos los tratados de heráldica y blason.

El sétimo fué San Pablo. Advertireis que el sabio es lo mismo el mejor amigo de los príncipes que su peor enemigo.—Esta es cuestion de temperamento.—Pablo no era de los hombres que dicen cosas galantes y saben lisonjear y vivir bien con todo el mundo. Así es que se le cortó la cabeza,—porque no es prudente contrariar al que tiene verdugos á su disposicion.

El octavo fué San Atanasio. Tan poco manejable, permitaseme la espresion, como San Pablo, se levanta á la edad de veintitres años en el Concilio de Nicea, y aconseja á los obispos, á los mártires y á los confesores que habian afrontado los tormentos de Diocleciano, y no podian resistir á los halagos del emperador Constantino. Aquellos ancianos, endurecidos en el fuego de los tormentos, se avergonzaron de que un jóven hasta entonces desconocido mostrase mas valor que todo el concilio, y le aclamaron su jefe. El mismo Constantino, que era hombre de talento, aunque demasiado celoso de sus prerogativas, le alargó la mano y le hizo obispo. Mas tarde se le quiso matar, pero pudo evadirse de este peligro y murió de vejez.

El noveno es San Agustin. En su tiempo, Bárbaros, francos, alanos, suevos y vándalos destrozaban el imperio. Todas las familias vestian luto. Los ejércitos romanos estaban destruidos, los pueblos consternados, los emperadores eran asesinados uno tras otro; los obispos solamente con la cruz en la mano, atravesaban todas aquellas ruinas, dirigiéndose á encontrar á los bárbaros, y no pocas veces subian á las murallas á dar ejemplo á los ciudadanos. En aquel mundo casi aniquilado una sola cosa permanecia firme y fuerte, la única sobre la que la espada es impotente,—la fuerza moral.—San Agustin es uno de los más gloriosos ejemplos. Los vándalos sitiaron á Hippona, donde él era obispo. El sitio duró seis meses. Cuando San Agustin murió, todos perdieron el valor, las puertas se abrieron y los vándalos fueron dueños de Hippona.

He aquí los sabios de los antiguos tiempos. Después el sol se cubrió de nubes, y la tierra permaneció durante muchos siglos en las tinieblas. Solamente Alcuin, intrépido y flemático como un inglés,—habia nacido en el Yorkire,—escribia tranquilamente á la vista de Carlomagno sus tratados de retórica, gramática y filosofía. El gran emperador, con los ojos medio cerrados, y amodorrado como un lirón después de comer, oia de vez en cuando aquella edificante lectura, y para no dormirse del todo, hacia cortar la cabeza á algun salvaje compañero de Witikind.

Creíase en aquel tiempo que, todas las ideas humanas estaban agotadas, y que no habia mas que hacer que repetir lo dicho por los antiguos. ¡Gran error! Nuestro destino es entrever la justicia y la verdad en el horizonte, y creer que estamos próximos á tocarlas, alargar las manos para cogerlas, no hallar mas que la sombra y seguir buscando.

Otro dia veremos el camino que se ha seguido desde hace mil años en busca de esas dos diosas.—Alfredo Assolant.

CUADROS CONYUGALES.

PRIMER CUADRO.

El matrimonio gordo.

¿Quién no conoce un matrimonio gordo, un matrimonio que pesa sus treinta ó cuarenta arrobas?

Mucho se ha hablado contra el matrimonio, mucho se han encarecido los trabajos que pasan los hombres que dan con ciertas mujeres, y las mujeres que dan con ciertos hombres, muchos detractores tiene el matrimonio, que en su vida se han casado, y no pueden saber por consiguiente lo que es bueno y lo que es malo, como no puede saber qué genio y qué condicion tienen los toros el que los vé desde lejos lo mismo que el que los vé dentro del circo, y al alcance de sus cuernos,—de los cuernos de los toros, por de contado,—pero dígame lo que se quiera del matrimonio, hay en el mundo matrimonios que dan á cualquiera unas ganas horribles de casarse.

Entre estos matrimonios de muestra, que son como un reclamo, como un cartel con letras grandes como un prospecto de una sociedad de crédito de gran tamaño, como un programa de gobierno, por lo que atraen y animan, y por los incautos que con ellos se estimulan y en ellos fian, me primer lugar el matrimonio gordo.

Ella, la Eva, está gorda, es un enorme pedazo de carne fresco, sonrosado, con unas manos mas pesadas que de almítrez, con un talle, que no es talle ni tallo, que se resiste á todo corsé y á toda apretura, con una boca atroz; que así ha de ser para que pueda respirar aquella mole, y con un cuello del mismo diámetro que los tubos destinados al rece el paso del agua del Lozoya.

El, un Adán, de quien pudieran cortarse cuatro Adanes, y sobrar todavía algunos retazos, es un hombre que parece un marmolillo, una hucha con una barriga que á cualquiera le hará sospechar la existencia de un fenómeno hasta hoy desconocido, con unos brazos que si se le pudieran ahuecar y rayar, podrian servir de cañones en cualquier eventualidad, con un pecho en el que el peor tirador pondría todas las balas que quisiera, aunque se colocase á la distancia de un kilómetro, con una espalda que podria servir perfectamente de mesa de billar, y con unas piernas cortas, que no se las vé mas que en el espejo, porque la enfermedad del vientre le impide verlas de otro modo hace algunos años.

Estos dos cónyuges eran una pobre muchacha flaca, chupada, enteca, quebradiza y pusilánime, que parecia el espíritu de la golosina, y un muchacho demacrado, triston, romántico, con mucho pelo en la cabeza, con los brazos como palillos de tambor, y sin sombra siquiera de pantorrillas, que se conocieron porque así lo habia dispuesto el destino, y se enamoraron de sus respectivas imperfecciones. En el rostro de la muchacha veia el mozo no sé qué poestas, y se le representaban las palmas de que hablaban los viajes que habia leído, cuando contemplaba aquel cuerpo flexible que parecia que al mas leve soplo de la brisa ó de un fuelle se iba á tronchar, y aquellas manos largas, con aquellos dedos mas largos todavía, y aquel cuello de cisne, y aquella boca, por la que no cabia un piñón sino partido en cuatro pedazos, le sacaban de sus casillas, y le persuadian de que si en el mundo hay seres que tienen algo que los distingue del vulgo de los seres, y los asimila á los ángeles, la elegida de su corazon era uno de esos seres, ó no habia justicia en el mundo.—En la fisonomía cadavérica del muchacho, descubrió la muchacha no sé qué inexplicables dulzuras, y en aquellos ojos que tenia de carnero á medio morir, vió no sé qué fuego sacro, y aquellos pelos largos que le caian sobre el cuello de la levita, le daban no sé qué semejanza con Virgilio, en opinion de aquella tonta de capirote, que estaba muerta por él, como lo hubiera estado por otro, si otro le hubiera dicho antes:—«Por ahí te pudras.»

Ella no podia vivir sin él, y él no podia vivir sin ella; él dijo á su padre que si no le permitia casarse, se mataria para acabar de rabiar, y ella manifestó tambien al autor de sus dias, que si no la casaba con aquel interesante doncel, hiciera cuenta de que ya no tenia hija, porque se moriría de desaliento. Los dos padres, que se vieron amenazados de muerte,—que muerte es para un padre el dolor del hijo,—se apresuraron á unir aquellos dos pedazos de naturaleza, casándolos como Dios manda, con lo que tuvieron los padres un cuidado menos, el contrayente muchos cuidados mas, y la nueva esposa ningun cuidado mas que el de su propia persona.

En el punto y hora en que se conocieron los esposos, acabó la poesia de su amor, y comenzó la prosa de la vida conyugal, que es la prosa de las prosas,—en algunos casos agradabilísima, suave y sencilla como la de los buenos hablistas, y en otros machacona, hinchada, dormilona é insoportable como la de los habladores de hoy, y como la de los periódicos políticos.—La fortuna para ellos fué que aceptaron la prosa del matrimonio, como se deben aceptar las cosas que no tienen remedio, con toda la calma de que son susceptibles el hombre y la mujer; si no lo hubiesen hecho así, un infierno hubiera sido la casa de aquel matrimonio, que si no fué un cielo, por lo menos fué un limbo.

Y he aquí explicado el considerable aumento de tamaño de este matrimonio gordo, que en sus primeros tiempos parecia la cuarta parte de uno, y hoy asombra y escandaliza por su enfermedad á cuantos le ven, y avergüenza á esos *matrimonillos* de tres al cuarto, cariacontecidos, flacos y reducidos á la mas minima espresion, que van por esas calles tristes como si tuviesen la solitaria, y sombrios como si los devorase el remordimiento.

En casa del matrimonio gordo reina paz completa, y nunca se arma la gorda, como sucede en los matrimonios flacos, y nunca los cónyuges se hablan *gordo*; y ella no quiere lucir el talle en paseos y bailes y reuniones,—como que su talle es un talego—y él no es aficionado á hacer el seductor y el galan, y á perseguir en las sombras de la noche ó del misterio á alguna modista inesperta, ó á alguna solrina que vive con una tia, que nunca lo ha sido suya ni ha tenido sobrinos jamás.—Duermen los cónyuges cada uno en su lecho, y cada lecho está en su cuarto, por-

que qué habitación hay tan grande donde quepan dos lechos del tamaño que los necesitan los dos lechos que los ocupan? Roncan, bufan, se revuelven, manotean y braham, sin incomodarse uno á otro, y siempre están acordados, porque sus razones tienen, como sus humanidades, el mismo peso, y porque ambos temen, si se irritan, un arrebato de sangre ó una apoplejía fulminante.

El esposo gordo y la esposa gorda, á pesar de tener tanto de más, nada tienen que echarse en cara, lo que es una gran garantía de tranquilidad en un matrimonio; si él come como un buitre, ella come como la hembra del propio animal; si ella gasta mucha tela para vestirse, él necesita una pieza de paño para hacerse una levita, y aun tendrá el sastre que aguzar el ingenio para ponerle dos ó tres piezas en los sobacos ó en alguna otra parte donde no se le vean.

En la calle, la esposa va delante del esposo, porque en fondo no pueden ir sin obstruir la vía pública, cosa prohibida por todos los bandos de policía y buen gobierno, y así no tiene él la penitencia de llevar del brazo á su mujer, y ella va á sus anchas mirando á quien se le antoja, y casi olvidada de que lleva un marido á retaguardia. En el teatro ocupan dos butacas cada uno, por ejemplo, y una vez encanionados en los asientos, ni ella puede volverse á mirar con los gemelos á ninguna parte, ni él puede salir en los entre-actos; dos ventajas, que si no tienen gran precio para un matrimonio gordo, serian acaso muy del caso para un matrimonio flaco. En un baile, el marido está descuidado, porque sabe que no habrá galan con los brazos tan largos, que con ellos pueda abarcar el cuerpo de su mujer, y esta no teme que con su marido quiera bailar ninguna damisela con peligro de ser aplastada por los enormes piés de su pareja, además de que un hombre gordo no puede dar á su brazo toda la flexibilidad que se necesita para estrechar un talle esbelto. El paseo que prefiere un matrimonio gordo, es un paseo solitario, donde los flacos no se rian de él, ni se quejen de que se permitan bultos. El marido no puede ver nada mas que á su mujer, y todo lo que vé le parece pequeño y miserable comparado con su mujer, y lo mismo le sucede á esta respecto de su marido.

Es, en fin, el matrimonio gordo el que mas probabilidades tiene de vivir en paz, sobre todo si no le falta la *ancha base* que necesita un matrimonio de gran tamaño.

Así, pues, lo que deben procurar los casados, es engordar, y una vez que hayan cobrado carnes, ya pueden echarse á dormir descansados. El demonio, dedicado á convertir en infierno los matrimonios, retrocederá asustado al contemplar una esposa gorda y un esposo gordo sentados una enfrente de otro, con la barriga hasta la boca y los piés sin llegar al suelo, y amodorrados en brazos de la paz conyugal.

Otro día hablaré del matrimonio flaco.

PERSONAS DE CIERTA ALTURA.

(Colección de tipos cortesanos.)

LOS COCHEROS.

(Conclusion.)

Y desde el tercer molino del canal, se dirigen todos á la Fuente Castellana, decididos á celebrar con un almuerzo la feliz terminación de las diferencias habidas en los dos jóvenes, de cuyo lance tiene ya conocimiento todo Madrid, porque el uno es un señorito muy elegante y muy conocido en los paseos, en los teatros y en todas las casas donde se come y se cena y se lava de valde, y el otro es otro que tal, y ambos son indispensables á la buena sociedad, no por sus talentos ó sus virtudes, sino porque habrá pocos como ellos para disponer conciertos y giras campestres, y hasta corridas de novillos y otros escesos.

Por supuesto que padrinos y contendientes haré convenido en decir despues que el duelo se verificó, aunque sin resultado; funestos por fortuna, pero como alguno de los cocheros puede hablar y contar todo lo ocurrido, es preciso que compren su silencio mediante cuatro napoleones, que los aurigas reciben con las mas respetuosas manifestaciones de adhesión y reconocimiento.

Y el cochero, nuestro amigo, al verse dueño de dos napoleones, siente el incalable placer del hombre que ha ganado su dinero honradamente, y compara esta suprema felicidad con el escozor que otras veces ha sentido, al verse dueño de un dinero usurpado, lo cual, en honor de la verdad, le ha ocurrido mas de una vez, sin contar el caso del napoleón, perteneciente al marido de la madre del fenómeno, de que ya se ha hecho mérito.

Terminado el almuerzo, los duelistas van á las respectivas casas paternas para tranquilizar á las familias respetivas, que naturalmente estarán con cuidado, teniendo noticia ya del terrible trance en que se encuentran aquellas dos lumbreras de la buena sociedad de Madrid.

Despedidos los cocheros, ambos se dirigen á las cuadras respectivas con objeto de dar descanso á los caballos, á los que reemplazarán otros dos que allí esperan la hora en que ha de dar aquel día principio su tormento.

Y el cochero á quien vamos siguiendo, como en un bodegon inmediato á la cuadra, y con el bucado en los dientes, vuelve á montar en el pescante y á dirigirse á la Puerta del Sol, desde donde le seguiremos otra vez.

El primero que viene á ocupar el coche, apenas llega este al punto, es un jóven guapo, elegante y con toda la

apariciencia de un seductor de *primo cartello*, quien, lo mismo que aquel otro caballero de quien se ha hablado antes, desea dirigirse á la calle del Desengaño, número tantos, cuarto tercero.

No deja de advertir el cochero la coincidencia, pero á fuer de hombre prudente y poco dado á entrometerse en aquello que no le vá ni le viene, requiere el látigo y conduce al caballero al sitio indicado. El caballero abre la portezuela, entra en el portal, y dá tres golpes con el llamador, en tanto que el cochero lia un cigarillo y observa.

Y apenas han pasado cinco minutos, cuando en el portal se presenta una señora con mucho vestido de seda y mucha capota, que saluda al galan con la mejor sonrisa de su repertorio, y con un apretón de mano, que dá la medida exacta de la amistad que se profesan aquellos dos seres, que parecerian nacidos el uno para el otro, si no me ocurriera la fundada sospecha de que aquella dama no ha nacido para un hombre solo.

El cochero que, entre otras buenas cualidades, tiene la de tratar á toda mujer con aquel miramiento y aquella distinción que se merecen la hermosura y la debilidad unidas; y como en nadie están unidas estas dos preciosas cualidades mas que en la señora del cuarto tercero que acaba de presentarse, baja del pescante y abre la portezuela del carruaje, ofreciendo á la señora el apoyo de su brazo. Y ella entra en el carruaje, no sin mirar antes con cierto temor á uno y otro lado, como para asegurarse, valiéndose de una espresion vulgar, de que no hay moros en la costa.

Pero como la casualidad nos suele poner delante aquello que mas interés tenemos en evitar, por aquella costa aparece un moro, que es ni mas ni menos que el caballero para quien algunas horas antes estaba enferma la citada simpática señora.

Y en vez de dirigirse este moro á la dama ingrata y olvidada, dirígese á su afortunado rival y le interpela bruscamente acerca de sus relaciones con la que fué señora de sus pensamientos. Y como el apuesto galan tiene la conciencia de sus acciones, y ha pasado ya de la edad en que se le podía pedir cuenta de ellas, contestale con cierto desdoro y con poca mesura, de lo que resulta, con grave detrimento de la civilización y con escándalo de los transeúntes, una formal pelea á bastonazos y bofetada limpia, que produce gran tumulto en la calle y que hace necesaria la intervención de los dependientes de la autoridad.

Y uno de los bastones de aquellos enfurecidos rivales viene á dar en el sermas inocente é inofensivo, en el caballo del coche, que sale á escape arrastrando el vehículo por en medio de la multitud que se habia agrupado en torno, y sin que pueda contenerlo el cochero, que teme ser el responsable de algun atropello que cometa el animal.

Felizmente el caballo, que no tiene odio al género humano, y que ha procurado huir de aquel sitio donde se repartian palos, sigue su carrera sin hacer daño á nadie hasta llegar á la calle Ancha de San Bernardo, y allí dá con el coche en una zanja y con el cochero en medio del arroyo.

La desventurada jóven sale del coche mas muerta que viva, y con la conciencia de que aquel percance ha sido leve castigo impuesto por la Providencia á la mala accion que supone el traer engañados á un tiempo mismo á dos honrados caballeros, presos en las redes de su hermosura peregrina. — Personas caritativas llévanla á una tienda inmediata, donde toma aliento y se arregla el vestido, y la capota, que habian sufrido algun deterioro al volcar el carruaje.

El cochero, repuesto del susto y del golpe, procura cerciorarse de que el coche no ha sufrido lesion, y despues de reprender al caballo con palabras mal sonantes, entra en la tienda donde recobra el ánimo la dama, y con el mayor comedimiento le reclama el pago de una hora de coche.

Niégame la dama asegurando que ella no ha tomado el coche, sino que mas bien el coche la ha tomado á ella, y espone que tampoco es justo que ella, que acaba de verse en peligro de perecer dentro de aquel maldonado vehículo, pague lo que el cochero exige. — Y la gente que allí se ha reunido dá la razon á la señora de la capota contra el cochero, que se lamenta amargamente de que el pobre no tenga razon nunca en este mundo vano, y pone á la señora de vuelta y media, fundándose en datos para sospechar que la inquilina del cuarto tercero de la calle del Desengaño, no es ni con mucho un modelo de moralidad. — Y en apoyo de sus revelaciones, refiere el hecho que dió ocasion á la precipitada huida del caballo, con lo que los concurrentes gozan á su sabor, y la protagonista de la funcion se desespera y se pone de veinticinco colores, y á no dudar, se desmayaría, si oportunamente no se presentara un inspector celoso, que obliga al cochero á montar en el pescante, y se propone acompañar á la hermosa hasta dejarla en completa seguridad en su domicilio de la calle del Desengaño. — Y entonces, — por la costumbre que tenemos los españoles de hacer siempre la oposicion al que manda, — el público allí reunido se pronuncia en favor del cochero, y murmura de la autoridad, que con digra severidad le manda abandonar el campo, dando la razon á la mencionada señora, solo porque esta vá vestida de raso y lleva capota, de cuyo hecho deduce el público que mientras no seamos iguales ante la ley, no estará el mundo bien gobernado.

Vuelve el cochero otra vez á la Puerta del Sol, y apenas llega, ocúpalo un pobre hombre trabajador, á juzgar por su aspecto, quien le manda dirigirse á la Rivera de Curtidores. Deteniéndose en aquel sitio en una casa de pobrisimo aspecto, de lo que, pasados algunos minutos, salen dos mujeres con pañuelos á la cabeza y saya corta, una de las cuales trae en brazos un bulto, que no es otra cosa que un nuevo habitante de este mundo sublunar, que vá á ser llevado á la pila del bautismo. Como el coche no tiene mas que dos asientos, el padre de la criatura, que quiere presenciar tambien la ceremonia, se coloca en el pescante, y mientras recorre el coche el trecho que media de la casa á la parroquia, refiere al cochero los detalles del parto de su mujer, y le encarece la alegría que le embarga, al contemplarse padre de un ser viviente, á pesar de que esta circunstancia hará mucho mas precaria su situacion, porque con seis reales que gana los dias que trabaja, no es muy fácil seguramente atender á la subsistencia propia y á la de la mujer y el hijo y la madre de la mujer, que es una viejecita impedida, que si no fuera por él, ya habria muerto en San Bernardino.

Pero el honrado menestral confia en Dios que no le abandonará, y al verse padre de un hijo, que tal vez des-

pues sea hombre ingrato, siente mucha mas alegría que si le hubiera cabido en suerte el premio grande de la lotería, y para celebrar el nacimiento del heredero de su pobreza, tiene dispuesto un banquete, al que asistirán todos los vecinos, y al que convida tambien al cochero, despues de pagarle las dos pesetas, importe de la hora que tuvo ocupado el carruaje. — El cochero acepta un vaso de vino y vuelve con direccion al punto; pero en el camino le detiene un embozado caballero, al parecer, que le manda volver á la calle de Embajadores, despues de colocarse dentro del coche.

Y en el camino, el cochero que oye algunos minutos hace el llanto de una criatura, sospecha que el caballero que vá á la calle de Embajadores es una ama de cria con sombrero de copa; pero no hay tales carneros, porque el tal caballero, al llegar el coche cerca de la Inclusa, abre la portezuela, sale, se dirige á aquel asilo de la caridad, y deposita en el torno un bulto, que no es otra cosa que un recién nacido igual al hijo del jornalero que se acaba de bautizar en la parroquia inmediata.

Embozado hasta los ojos, vuelve al coche el caballero, entrega dos napoleones al cochero y le despide.

Y vuelve el auriga á dirigir el caballo hácia la Puerta del Sol, entretenido en hacer filosóficas consideraciones sobre los hechos que acaba de presenciar, y acariciando los dos napoleones que acaba de recibir, y que arrajaria seguramente lejos de sí, á no valer treinta y ocho reales, de los que los treinta y cuatro son de su esclava pertenencia. — Pero casi pudiera decirse que el pobre cochero siente haber recibido aquel dinero, que le haria feliz si no procediera de un caballero embozado y misterioso, que en la oscuridad de la noche tiene valor suficiente para abandonar á la caridad un ángel, por su mala ventura, venido al mundo.

Ya es hora de comenzar los espectáculos, y nuestro coche lleva un caballero á la Zarzuela, y una señora y un caballero al teatro Real, y dos viejas á un teatro mecánico donde se manifiesta el Nacimiento del Hijo de Dios, y otro caballero y otra señora á dar vueltas por el Prado, que está desierto, y donde sopla un vendabal que le hace dar diente con diente, y que pone al caballo de un humor de dos mil demonios.

Y vuelve á la cuadra despues, y muda el caballo, y á las once ya está en la Puerta del Sol, porque como hay baile de máscaras y llueve á cántaros, hay ocasion de ganar una cantidad mayor que de ordinario.

Lleva el coche en menos de una hora, veinte ó treinta máscaras al baile, y la última que lleva, es una bonita dama vestida como la *Hija del Regimiento*, á quien acompaña un caballero rubio, y que es la misma inquilina de la calle del Desengaño, número tantos, cuarto tercero, que por lo visto ha olvidado ya el lance de los dos rivales á la puerta de su casa, el vuelco del coche y el episodio que siguió á esta ocurrencia, terminado por la mediacion del inspector de policía.

Y cuando ya no entra nadie en el baile, es decir, de tres á cuatro de la madrugada, sitúase el coche á la puerta del teatro donde aquel se verifica, y sale una máscara sola y apresurada, y dice al cochero:

- ¡A escape! á la calle del Reloj, número tantos.
- Y en un santiamén la deja en esta casa, y vuelve al teatro, á tiempo que salen dos caballeros, uno flaco y otro gordo.
- Te digo que es mi mujer, dice uno.
- Yo te digo que nó... ¡Si la conoceré yo!... dice el otro.
- ¡Digo! ¡Pues y yo, que soy su marido!...
- Estás equivocado...
- Yo la he seguido, pero en el guarda-ropa la he perdido de vista... Era ella, no tengas duda.
- Pues vé á casa... Verás cómo la encuentras allí.
- ¡Acompáñame!
- Yo... ¿Para qué?
- Si tú, que eres mi único amigo, no me abandones en este trance.
- ¡Pues vamos!
- Y ambos entran en el coche, exclamando el caballero gordo:

— ¡A escape! á la calle del Reloj, número tantos.

El caballero gordo entra en la casa, y el flaco se queda en el coche, y pocos momentos despues, sale aquel al balcon del piso principal, y grita al cochero:

- Dí á ese caballero que soy el mas feliz de los hombres, que mi mujer está en casa, y duerme.
- Come que la hemos traído nosotros, dice para sí el caballo, porque al cochero no se le ocurre.
- ¡Como que la avisé yo! dice el caballero flaco, que hace volver el coche al teatro.

Seria interminable este cuadro de mi galería, si me propusiera describir todos los laúces en que puede hallarse un coche de plaza, si quisiera iniciar á los lectores en los misterios del reducido interior de uno de esos elementos.

Por conclusion, consignaré que el establecimiento de estos coches es una de las especulaciones mas productivas, y que el oficio de cochero de alquiler es tambien el mas productivo de los varios que explotan generalmente los hijos de Asturias y Galicia: y que en ninguna parte como en España está tan desatendido este servicio, y en pocas partes se cometen tantos abusos por los cocheros, cuya ilustracion corre parejas, por lo limitada, con el mezquino alimento que disfrutan los caballos, sus compañeros, que son los que mas trabajan y menos provecho sacan de esta industria.

CASCABELES.

Hemos recibido los primeros números de *La mujer cristiana*, importante Revista dirigida por el señor Arrea y fundada por el señor Yela.

Creemos que esta Revista está destinada á próspera fortuna.

El juez de primera instancia del distrito del Sentido común, ha dictado sentencia en la causa formada contra el autor de una comedia titulada *Lo que falta á mi marido*, representada en el teatro de la Zarzuela, condenándole á no ganar un cuarto con la citada obra, y á la vigilancia de

las empresas teatrales por el resto de su vida, para evitar disgustos al público y evitárselos mayores a él mismo.

La comedia *Las cañas se vuelven lanzas*, del señor García Gutiérrez, sigue llevando gran concurrencia al teatro del Príncipe, y proporcionando grandes aplausos a Matilde, los hermanos Catalina y Fernandez.

¿Podrán VV. decirnos por qué no se ha abierto aun el curso en la Escuela superior de arquitectura, que debió comenzar el 1.º de Octubre?

Nos dicen, pero no lo podemos creer, que la falta consiste en la del local, y que esta falta no se remediará tan pronto como desearian los alumnos, que llevan un mes perdido.

¿Y qué le importa eso al gobierno? En cuestión de artes, aquí no se va a conocer dentro de poco mas arte que el de hacer fortuna por medio de artes nada bellas.

Vamos andando.

Solucion del logogrifo del número anterior.

Los hombres hoy en día por subir alto dan mucha voltereta, dan mucho salto... ¡Ay que esto es grave!... que por eso está hoy todo, todo en el aire.

Damos gracias a nuestro apreciable colega Anton Perulero, periódico de Cádiz, que copia uno de nuestros artículos, precedido de lisonjeras frases.

Apreciamos tanto mas esta conducta, cuanto que desde la aparición de El Cascabel, un día si y otro no sale un periódico vomitando injurias contra nosotros, sin otro motivo que el de que el público nos haya otorgado su favor, injurias a que no contestamos, dejando al público que juzgue de ellos y de nosotros.

La apreciable persona encargada hasta hace un mes de la venta de EL CASCABEL en Avila, tendrá la bondad de pasar por esta Administracion, donde será recibida con los

brazos abiertos, y donde sabe que tiene personas que bien le quieren y a las que puede mandar como guste, que lo harán con mucho gusto y fina voluntad.—Si no se hallase en Madrid, podrá escribir desde donde se halle, aunque sea en el Congo, y darnos noticias del estado de su importante salud, que son las que mas nos interesan despues de otra que sabe que tiene que darnos.

Solucion de la charadita del último número.

Tu charadita a mi ver, fácilmente está acertada; porque, ¿qué mejor charada que lágrima de mujer?

Nuestros ilustrados lectores verán con gusto el artículo de Mr. Assollant, que publicamos en este número. Es un bonito estudio histórico.

Un periódico de Barcelona dice en su seccion de anuncios: «Se necesita una manceba modista.»

«Un matrimonio desea encontrar dos ó tres caballeros para dormir.»

«¿Qué matrimonio es este que no puede dormir, sin dos ó tres caballeros? ¿qué misterio habrá aquí, ó mejor dicho, allí?»

Otro: «Hay una señora muy decente, vecina de esta ciudad, que se ha propuesto curar las mordeduras de los animales rabiosos, y tambien las disipelas y otros males. Si a alguna persona le conviene... etc.»

¿Pues no ha de convenir? Venga V. a Madrid, señora, por el telégrafo, para que con V. nos llegue mas pronto el remedio. Venga V. a curar los males que aquí se sienten, y hace V. su fortuna y la elevamos a V. una estatua. Venga V. a curar a cesantilis, la gastroempleitis, la ridiculitis y la calentura candidaturial, que se han desarrollado con una fuerza irresistible.

Los periódicos han dicho que dos ilustrados abogados de esta corte piensan publicar un folleto sobre la pena de muerte y la cadena perpétua, dedicado a Vicenta Sobrino,

reo de asesinato en la persona de su ama Doña Vicenta Calza.

¿Esto es formal ó es broma de los periódicos? porque francamente no podemos comprender qué objeto se proponen los autores con dedicar el folleto a la Sobrino ni de qué le sirve a la Sobrino el folleto.

¿Y cómo se redactará esa dedicatona?

¡Así?... A Vicenta Sobrino, los autores.

¿O así?... A Vicenta Sobrino.—Sírvase V. aceptar con su natural benevolencia este insignificante trabajo, que creemos que será leído con gusto por V., que podrá hallarse, Dios no lo quiera, condenada a alguna de las penas de que tratamos. Con este motivo, y suplicando que dispense V. lo corto de la ofrenda en gracia de la intencion, quedamos de V. SS. SS. Q. B. S. P. Los autores.

De cualquier modo que la tal dedicatona se redacte, confesamos ingenuamente que no la comprendemos.

Pero a bien que los autores saben mas que nosotros.

El gobierno de EL CASCABEL ha acordado la creacion de una órden de caballeria, ó de artilleria, como VV. quieran, que se llamará órden de EL CASCABEL, y se concederá solamente a todo vicho viviente, pudiendo obtenerla lo mismo los varones que las hembras, lo mismo las personas que los cocheros y las amas de cría.

Por supuesto que EL CASCABEL se ha nombrado él mismo caballero gran cruz de esta órden, lo que ponemos en conocimiento de VV. para su satisfaccion y efectos consiguientes.

Esta composicion pertenece al cuadernito que con el título de *Distracciones de un hambriento*, anunciamos en la última plana.

JAUIJA.

Es la ciudad de Jauja—un paraiso—en que no se conocen artes ni oficios.—Ni hay empleados,—ni médicos, ni curia,—ni boticarios.—Ni las enfermedades—quitan la vida,—allí los que fallecen—mueren de risa.—En los entierros—cantan fandango, cañas,—jota y bolero.—Allí no se conocen—ni las patatas,—ni los muchos verbajos—que aquí nos matan.—Solo hay ternera,—jamones y chorizos,—lomo y chuletas.—Allí no necesitan—ni rey ni Roque,—ni leyes, ni ministros,—ni hay opiniones.—Y todos ellos—comen, beben y viven—siempre contentos.—Las casas son de azúcar—y no hay caseros.—¿Quién pudiera endosarles—todos los nuestros!—Y eso que el mic—solo pide fianza—y el mes vencido.—Las mujeres, señores,—allí no engañan,—ni dan gato por liebre—cuando se casan.—Y todas ellas,—casi casi empalagan—de puro buenas.—Las perdices se crían—escabechadas,—los pollos y las liebres—nacén con erisa.—Y los conejos,—ellos mismos se meten—en los pucheros.—Ni frios ni calores—allí no lestan,—pues reina todo el año—la primavera.—Y cuando llueve,—son almendras, confites,—crema y merengue.—La paz en los casados—nunca se altera,—porque no tienen voto—suegro ni suegra.—Entre nosotros—es la suegra la plaga—del matrimonio.

El cuento fantástico, *Muerta en el bosque*, del señor Diaz, representado en el teatro del Circo el miércoles, es un cuento que no agrado mucho que digamos a los señores. Falto de condiciones escénicas, ni interesa, ni conmueve, ni todo lo que allí pasa le importa al público maldita la cosa. Los amigos llamaron a los autores al final del primer acto, pero en el segundo hubo fuertes murmullos, y los amigos no pudieron volver a llamar a nadie, en vista de que el público se llamaba andana.—Tiene esta obra en su abono que está discretamente escrita.

La ejecucion fué mediana; el señor Obregon, bien; la señora Rivas cantó con gusto, lo que se comprende fácilmente teniendo en cuenta que cobrará buen sueldo; el señor Mendizabal estuvo muy bien en escena, como que no se puso malo, y mejor estaba allí que si hubiera estado, por ejemplo, a la intemperie. El señor Becerra trabajó con fé, esperanza y caridad.

ANUNCIOS.

Almanaque cómico-profético de El Cascabel para 1864.—Los pocos ejemplares que quedan de este Almanaque, redactado por los mas distinguidos escritores, se venden a real en la misma Administracion.

Tomo 1.º de «El Cascabel» 60 números.—Se vende a 26 rs. en Madrid y a 28 en provincias. A los suscritores a 24.—Dirigirse a la Administracion.

Historias tristes por D. C. Frontaura. Un tomito de 160 páginas, 4 rs. en la Administracion de EL CASCABEL.

Distracciones de un hambriento; coleccion de renglones desiguales capaces de hacer reir a un santo, por M. F. El Flaco, aspirante a pretendiente de ayudante de escribiente.

Se vende a 2 rs. ejemplar en la Administracion de este periódico. Se remite a provincias franco de porte, dirigiendo el pedido a D. Manuel Fernandez, calle de Santa Teresa, número 8, incluyendo cinco sellos de cuatro cuartos por cada ejemplar.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.

NÚMERO CUARTO.



WALSSES NUEVOS DE STRAUSS.

NÚMERO QUINTO.



LOS ESTUDIANTES.